

# Criticar, criticar y criticar...

- Descalificaciones del Comisionado
- La concordia comienza por casa

**Q**UISO llenar, el Comisionado de Paz, la silla vacía que había dejado la semana anterior en la audiencia del Congreso con las Autodefensas. E intentó hacerlo extemporáneamente con pullas que desdijeron de la postura pausada y serena que requiere su cargo, en medio de una Colombia perturbada por la catástrofe belicista y la crisis humanitaria. Nunca sobraría, ciertamente, la beligerancia por la paz, pero se le desconocía al Comisionado ese acento camorrista tan disímil al talante sosegado que, fruto de su profesión, se pensaba que fuera activo de su labor. No faltaría más que, como decía Marco Fidel Suárez, *"el guardián del manicomio terminara por contagiarse de locura"*. Dijo el Comisionado, en referencia a procesos previos y más allá de lo afirmado por su jefe en el aniversario de la Armada Nacional, que *"aquí los comisionados se iban a tomar whisky con los guerrilleros y los embajadores se entusiasmaban hasta el delirio por irse a tomar una foto con un hombre de camuflado y con fusil"*. ¿Qué pensarán de ello los actuales embajadores Fabio Valencia, Luis Guillermo Giraldo y Alfonso López Caballero, todos incursores en la intempestiva acusación del gobierno? ¿O qué dirán colegas suyos como Luis Alberto Moreno y Guillermo Fernández de Soto que fueron tan activos en llevar altos líderes políticos y económicos extranjeros a hablar con la guerrilla?

Semejante versión de los procesos de paz anteriores no puede deberse sino a un intento por descalificar, por la vía de la ofensa, los esfuerzos hechos con antelación, lo que, desde luego, es un error proveniente de la manía sicológica de algunos funcionarios gubernamentales por creer que Colombia se fundó con Uribe y que ni antes ni después, hubo ni habrá, nada ni nadie, susceptible de consideración.

El hecho también demuestra que el Comisionado se resiste a reflexionar sobre las cosas buenas y malas de procesos anteriores. Al verificado con el M-19 y otros similares les endilga un carácter "prehistórico" desestimable. Con ello buscó reducir al mínimo los esfuerzos que adelantaron los gobiernos de Barco (padre de la actual Cancillera) y de Gaviria, en los que el senador Rafael Pardo, uribista con discernimiento, fue pieza fundamental. No sobra recordarle al Comisionado que el actual Consejero Presidencial de Derechos Humanos,

que lo acompaña en los diálogos con las Auc, es un reinsertado del EPL, fruto de esas conversaciones.

En cuanto al proceso de Pastrana con las Farc, se observa que el Comisionado o no lo ha comprendido, o no lo quiere comprender. Debería saber el siquiatra Restrepo, por razón de su cargo, que toda negociación de paz tiene dos ejes principales: uno dentro de la mesa y otro por fuera de ella. En el caso de Pastrana, el de afuera permitió fortalecer, como nunca, desde las épocas del Batallón Colombia, a las Fuerzas Militares, hasta duplicar su capacidad operacional, lo que servía tanto de factor disuasivo, como de operativo hacia el futuro; organizar, a su vez, una acometida internacional que le permitió a Colombia contar con recursos multimillonarios gratuitos y que llevó a englobar el esfuerzo de más de 30 países amigos; y crear el "Frente Común por la Paz y contra la Violencia" que, integrado por diversos sectores de la sociedad, inclusive la oposición, era el organismo superior del proceso. Y el eje interno, es decir, el de la mesa, cuyo propósito era llevar a cabo una negociación con ayuda del Comité Temático Nacional y que, luego de pactar un cese de fuegos creíble, sería posteriormente puesta a refrendación del pueblo. Sin embargo, por mora y belicosidad de las Farc, no pudo avanzarse más y ello llevó a su derrota política, que para una guerrilla es peor que la misma militar.

Por su parte, el gobierno anterior entendía, como lo sabían las Auc por sus conversaciones con el ministro Humberto de la Calle, que, desmovilizada la guerrilla, sus actividades quedaban sin justificación y el Estado debía encontrar una salida para ellas. La estrategia actual comienza de modo inverso, pero no significa que, en todo momento, aquellos que verdaderamente han querido un convenio por la paz hayan dejado de pensar en un escenario global.

Hoy, en todo caso es claro que el lenguaje camorrista, en medio de tanta adversidad, es un dislate que, antes de llamar a la paz, fomenta la anarquía y el desconcierto. El comisionado Restrepo debería pasar de sus arengas destinadas a criticar, criticar y criticar, a trabajar en un auténtico escenario de paz, porque la concordia debe comenzar en las esferas gubernamentales que intentan promoverla.